

EL COMPROMISO SOCIAL-POLÍTICO DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Toda la poesía de Miguel Hernández está impregnada de humanidad, porque el poeta oriolano se acerca a las cosas cotidianas y a las personas y costumbres del pueblo. No obstante, en sus primeros poemas no se aprecia un compromiso social y político, ya que la actitud del poeta se acerca más a la contemplación de la naturaleza, al erotismo juvenil y a los planteamientos modernistas.

Será a partir de su segundo viaje a Madrid, a comienzos de 1935 cuando Hernández comience a mostrar una preocupación social y política, sobre todo a raíz de su conocimiento y amistad con el poeta chileno Pablo Neruda, quien ocupaba el cargo de cónsul de Chile en España, y con el poeta español Vicente Aleixandre, quien acababa de publicar su obra *La destrucción o el amor*. De ambos poetas recibirá Miguel la influencia literaria que le acerca a la poesía vanguardista, así como un acercamiento a la ideología republicana y al comunismo.

Por influjo de Pablo Neruda, Miguel abandona el cultivo de la poesía tradicional y se acerca a la llamada **poesía impura** que el poeta chileno había definido en la revista *Caballo verde para la poesía* en los siguientes términos:

“Así sea la poesía que busquemos, gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y azucena, salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley. Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilia, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos.”

Es a partir de ahora cuando en Miguel se despierta la conciencia del **poder transformador de la palabra** y la **función social y política de la poesía**. El poeta adopta un tono combativo y rebelde, en consonancia con los trágicos momentos que vive la sociedad española. Con el estallido de la guerra civil, Miguel Hernández adopta una actitud de compromiso con la República. Así, en septiembre de 1936, se enrola como voluntario en el Quinto Regimiento del bando republicano, y se convierte en ese poeta-soldado que vemos reflejado en sus libros *Viento del pueblo* (1937) y *El hombre acecha* (1939).

En *Viento del pueblo*, Miguel Hernández aparece como un escritor profundamente enraizado en el pueblo, que refleja en sus poesías las preocupaciones e inquietudes populares, con una tonalidad combativa y revolucionaria. Para Miguel, poesía es sinónimo de esencia del pueblo, como bien indica en la dedicatoria del libro a su amigo Vicente Aleixandre:

“Vicente: a nosotros que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres. Nosotros venimos brotando del manantial de las guitarras acogidas por el pueblo, y cada poeta que muere deja en manos de otros, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad...”

Los poetas somos viento del pueblo; nacemos para pasar sopladados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a ti, a mí, a varios, hacia el pueblo. El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo.”

El libro *Viento del pueblo* se abre con la “Elegía primera”, dedicada a Federico García Lorca, poco después de su asesinato. Dicha elegía, al igual que el libro en su conjunto, está cargada de imágenes bélicas, de elementos metálicos, de armas, como son las herrumbrosas lanzas o los cañones. La muerte aparece simbolizada por la sal, las calaveras, los pozos, los ataúdes, los guerreros medievales y los toros fundidos en bronce.

Otro poema muy significativo es “Sentado sobre los muertos”, en el que el poeta afirma su deseo de que su voz truene a los cuatro vientos para expresar su rabia por tantos muertos inocentes, convertida en ruiseñor de las desdichas:

“Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.”

En el poema “Vientos del pueblo me llevan” el poeta habla de vientos de libertad, representados por los campesinos, los obreros, los luchadores –de todos los pueblos de España, cada uno de ellos representados por un rasgo definidor de su carácter- y, de forma simbólica, por los toros, los leones, las águilas; en definitiva, por todos aquellos seres que se rebelan contra los yugos que intentan colocarles aquellos que representan la mala hierba. En cambio, los que dejan poner el yugo son los bueyes, que tienen pequeña la cara y carecen de los atributos genitales característicos de los animales varoniles y luchadores, al igual que lo son los protagonistas de otros poemas hernandianos, como son los jornaleros, los aceituneros de Jaén o ese niño yuntero que, nada más nacer, ha empezado a morir, ha empezado a ser carne de yugo.

Es el momento del esposo soldado que protagoniza la “Canción del esposo soldado”, feliz por haber poblado el vientre de la esposa con la semilla del hijo, en medio de la destrucción y la muerte:

“Espejo de mi carne, sustento de mis alas,
te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.
Sobre los ataúdes feroces en acecho,
sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa
te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho
hasta en el polvo, esposa.”

El hombre acecha consta de diecinueve poemas escritos entre 1937 y 1938, el primero de los cuales es la “Canción primera”, en la que aparecen animales con garras llenos de crueldad; porque, según afirma Miguel, “hoy el amor es muerte, y el hombre acecha al hombre”.

En este libro aparece una visión trágica, funesta, de la vida y de la muerte. Sus temas centrales son el odio y la muerte; una muerte llena de crueldad, de violencia y sin sentido alguno. El tono es mucho más negativo y pesimista que en libro anterior: el hombre es el mayor enemigo del hombre; el hambre se extiende por todas partes, especialmente para los pobres; las cárceles se llenan de hombres, de llantos, de penas, de odios, de libertad que se pudre, de cadenas. No obstante, los carceleros no conseguirán apresar las almas de los encarcelados:

“Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero.
Ata duro a ese hombre: no le atarás el alma.
Son muchas llaves, muchos cerrojos, injusticias:
no le atarás el alma.”

Y los trenes circulan llenos de heridos que se desangran, que van derramando piernas, brazos, ojos, en medio del silencio y del dolor. Pero, aunque sólo quede un dedo, éste se convertirá en el dedo acusador y denunciante de la tragedia. Y, hablando de denuncia, Miguel Hernández llama a los poetas para que abandonen sus torres de cristal, sus bibliotecas y sus aulas sin emociones, sin vida, y para hablar, todos juntos, de sus aspiraciones, del trabajo, del amor. Entre esos poetas a los que llama se encuentran Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Antonio Machado, León Felipe, Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre y Pablo Neruda. Todos ellos se sentarán junto a la tumba de Federico García Lorca:

“Así descenderemos de nuestro pedestal,
de nuestra pobre estatua. Y a cantar entraremos
a una bodega, a un pecho, o al fondo de la tierra,
sin el brillo del lente polvoriento.

Ahí está Federico: sentémonos al pie
de su herida, debajo del chorro asesinado,
que quiero contener como si fuera mío,
y salta, y no se acalla entre las fuentes.”

A pesar del tono triste, amargo, sangriento y cruel de *Viento del pueblo*, el poeta sitúa al final del mismo la “Canción última”, en la que expresa su deseo y su confianza de volver a su casa, reencontrarse con la mujer amada y, aunque sea en una ruinoso cama y con una desierta mesa, hacer que florezcan de nuevo los besos sobre las almohadas. Y, por muy imposible que parezca, pide que le dejen la esperanza de lograr que así sea.

Su último libro es Cancionero y romancero de ausencias. Fue compuesto entre octubre de 1938, tras conocer la muerte de su hijo Manuel Ramón (el 19 de octubre de 1938) y septiembre de 1939, en forma de un cuaderno que entregó a su esposa Josefina. Se trata de una especie de diario íntimo en el que el poeta manifiesta su

dolor por la muerte de su primer hijo; la alegría por el nacimiento de su segundo hijo, Manuel Miguel, a comienzos de 1939; el sufrimiento por la derrota en la guerra; el dolor por el hambre que pasa su hijo, que sólo se alimenta de cebollas; la condena a la cárcel y a la pena de muerte; la enfermedad, etc.

A este libro pertenecen poemas tan hermosos y conocidos como “Llegó con tres heridas”, “Hijo de la luz y de la sombra”, “Menos tu vientre”, “La boca” y las “Nanas de la cebolla”.